

ofreciéndose pasar un Rio, se reclinó con disimulo de que tomaba descanso. Con esto observó, que todos los que pasaban tenían al salir humedecidos los pies, pegadas à ellos las arenas de la ribera, à excepcion del V. P. Fr. Antonio, que à mas de tener los pies secos, no tenia señal alguna de haver tocado las aguas.

Acompañando à los Venerables Padres Fr. Melchór, y Fr. Antonio, en el Reyno de Guatemala, un Tercero llamado Gonzalo Pereyra, que despues fue Donado egemplar en este Colegio, llegaron todos tres à las orillas de una profunda Barranca, que atravesaba el camino, sin hallar por donde bajar à ella, para pasar à la otra parte. Fuese el referido Hermano à buscar algun sendero, y habiendo hallado uno algo distante, quando pasó à lo alto del lado opuesto, ya halló allí à los dos benditos Misioneros, que lo estaban esperando. Con esta novedad, se certificó de haver sido aquel vuelo milagroso, pues no era dable el pasar por otra senda, ò vereda.

Tampoco cabe disputa, de

que este Apostolico Varon se dejase mirar algunas veces con visos de claridad extraordinaria, segun fue visto en distintas ocasiones, con incendios especiales en el rostro, y lo confirmarán los siguientes casos. Haviendo entrado en cierta tarde un Religioso de este Colegio en el Coro, vió ciertos resplandores, mayores que los ordinarios reflejos, que suele comunicar la luz del Sol, quando están cerradas las ventanas. Discurrió que havria en la Iglesia bastantes luces ardiendo, de algunas personas que suelen velar en obsequio de nuestra Cruz milagrosa. Hizo diligencia para certificarse del caso, y no vió mas luz en la Iglesia, que la que ardia en la Lampara. Con esta experiencia, volvió à registrar el Coro algo mas cuidadoso, y pensativo; y en un ángulo oculto, tras de una banca, descubrió al V. P. Fr. Antonio, que era Guardian actual, sentado, y con un pobre pañuelo cubierto el rostro, y que de allí salia aquella luz, que tanto havia admirado. Llamóle, por ser ya hora de tocar à Completas, y advirtió, que

que estaba enagenado de sus sentidos: de forma, que huvo de menester moverle, para despertarle de aquel amoroso sueño, en que los deliquios de su enardecido espiritu le salian con tales resplandores al rostro.

El año de veinte y tres, en que el V. P. se hallaba en Mexico, por negocios de su Colegio de Guadalupe, fue una mañana al Convento de Santa Inés à consolar algunas Religiosas. Acertó à entrar una Señora en la Iglesia, à tiempo que el Apostolico Varon las hablaba por la reja del Coro, y volteando la cara para hablar à la Señora, vió ésta que su ros-

tro resplandecía, como si fuera un claro Sol, y que de su frente despedía unos reflejos tan brillantes, que al paso que la deslumbraron, la dejaron tan embebecida, que no percibió lo que la dijo. Era esta muger de muy probada virtud, y de singular trato con Dios, y segun declaró ella misma, despues de muerto el bendito Padre, con la referida luz conoció tanta hermosura en su alma, y tal agregado de virtudes, que le pareció un San Pedro de Alcantara, siendo así, que aquella fue la vez primera que vió al Venerable Padre Margil.

## CAPITULO XVI.

### PRESAGIOS DE LA VIENAVENTURANZA del Venerable Padre Fray Antonio, fundados en Fé piadosa.

**N**O es nuevo, que teniendo el Divino Señor sus delicias en conversar con los hijos de los hombres, manifieste à algunas de sus escogidas almas la felici-

dad de sus Justos, segun nos informan à cada paso las Historias. Así parece que lo dispuso tambien su Providencia, para honrar à su Siervo Fr. Antonio, como se verá en los si-

guientes sucesos. Por el tiempo en que falleció el V. P. en Megico, havia en dicha Ciudad una Señora de especial virtud, y muy favorecida de Dios, la qual, sabiendo que este famosísimo Misionero havia llegado muy enfermo à la Enfermería del Convento de nuestro Seráfico Padre San Francisco, no se atrevia à pedir al Señor su salud, sino que le diese lo que le conviniese mas, persuadida à que ya era tiempo que su Magestad le premiase sus trabajos. Llegó el dia seis de Agosto, y poco antes de las dos de la tarde, en que espiró el Siervo de Dios, tuvo la dicha Persona una vision, en que vió que su alma subia al Cielo en esta forma: Iba cercada de muchos Angeles, y al parecer con un Habito lucido, y trasparente, bordado de preciosas piedras, y flores. Tenia una Joya en el pecho, como un encendido Rubí, y de ella pendia una Cruz de oro finísimo, esmaltada de piedras preciosas muy menudas, de color verde, morado, y blanco. Su Manto era de la misma tela que el Habito, y esmaltado tambien de varias flores, y piedras.

En la Capilla tenia una flor encarnada, azul, y blanca, con la qual quedaba toda cubierta. La Cuerda era de finísima plata, y las Sandalias de subidísimo oro, con flores de diversos colores: y todo el V. P. tan resplandeciente, y brillante, como un Sol de medio dia.

Al punto que esta lucidísima Procesion llegó al Empyreo, los Santos Angeles abrieron las puertas del Cielo, y salió por ellas una multitud de Santos en dos alas, con gravísimo concierto, y orden. Entre estos, conoció à la Santísima Virgen MARIA, al Apostol San Pedro, à Santo Domingo, San Francisco, San Ignacio, San Buenaventura, y San Luis Beltrán: y que llevandolo al Trono de la Santísima TRINIDAD, lo abrazó el Eterno Padre. Luego lo llevaron los Angeles, y los Santos à un Jardín admirable, y extremadamente rico, todo de finísimas piedras, guarnecido el suelo de plata, oro, y flores de colores diferentes. Sus puertas eran de plata, y oro finísimo, tachonadas con diversidad de piedras. El Cielo de este Jardín tenia à trechos

chos unas Joyas quadradas, como de una quarta, y en el medio havia una Paloma hermosísima, toda de plata, y oro, y en el pico tenia un bellissimo Pendiente de oro, con tres riquísimas perlas. Havia en dicho Jardín, que à su modo de entender, significaba sus virtudes, una hermosísima Silla, que discurrió sería para el V. P. Fr. Antonio: bien, que antes que lo viese sentar en ella, se desapareció la vision.

Es preciso advertir aqui, que en esta ilustrada alma concurrían tales circunstancias de virtuosa, que con haver tenido varios Confesores de espíritu, y literatura, todos calificaron sus ilustraciones por buenas. A dos de estos, que eran Doctores de aquella floridísima Universidad, los vió subir al Cielo despues de muertos; y añadió, que entre las almas que la havia mostrado su Magestad entrar en la Gloria, que fueron varias, no havia visto otra con mayores luces, que la del V. P. Margil. Y por fin, confesando, como es justo, que así éste, como los demás sucesos, pueden padecer falencia, no quiero

omitir, para recomendar su credito, que así la Persona, como esta vision particular, à mas de tener el examen, y aprobacion de varios Sujetos de experiencia, y ciencia, pasaron por manos del Ilustrísimo Señor Don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, meritisimo Obispo de Yucatán, tan conocido en esta America, y en la Europa, que mis elogios solo pueden servir para obscurecer sus meritos.

En uno de los Conventos de la misma Ciudad de Megico vivia por este mismo tiempo una Religiosa muy experimentada en ilustraciones interiores, muy abstraída del mundo, muy penitente, muy devota de la Pasion de Christo Redentor nuestro, egercitada continuamente en trabajos, y enfermedades, y por ultimo, segun el dictamen de su Confesor, que era un Señor Prebendado de aquella Santa Cathedral, muy famoso por sus letras, y no menos estimado por su virtud, siempre halló en ella aquellas condiciones, que señalan los Doctores Mysticos, para tener sus revelaciones por verdaderas.

Hallabase esta Señora muy atribulada el día ocho de Agosto del año de veinte y seis, como à las doce del día, en que aquel muy Ilustre Cabildo daba sepultura al Cadaver del V. P. Fr. Antonio Margil; de cuya muerte no tenia noticia alguna, por su singular abstraccion, ni menos de su enfermedad, ni tampoco de que huviese llegado à Megico. Quiso el Señor consolarla en aquella tribulacion, y en la referida hora, la representó su Magestad el Cielo, en forma de una Ciudad muy hermosa, y sumamente dilatada, conociendo, que alli estaba la Santissima TRINIDAD en su Trono, aunque no la vió, porque se la manifestó en cierto linage de obscuridad, como detrás de cortina. Pero vió con claridad, que entraba una alma muy hermosa, y con singular adorno de gloria: y dandosela à entender que era la del P. Margil, oyó una voz que la dijo: *Mira alma, asi premio Yo los trabajos llevados con paciencia por mi amor.* A este tiempo volvió dicha Religiosa del rapto, con tanta dilatacion de ánimo, y sosiego de su espíritu, que à su modo de enten-

der, havia pasado su corazon de suma apretura à suma latitud, y de suma tristeza à suma alegría, reconociendo juntamente, que al tiempo de esta vision havia perdido el cuerpo las fuerzas, pues se halló con la cabeza arrimada à la pared. No tengo por demás el notar aqui de paso, que esta ilustrada Señora nunca dijo, que el V. P. tardase à entrar en el Cielo, hasta que se le dió sepultura, sino que entonces la manifestó el Señor su entrada, y el premio de sus trabajos, lo qual es cosa muy distinta. Al modo que la Sierva de Dios, comunmente llamada Santa Juana de la Cruz, vió à su Confesor el Venerable Padre Fray Pedro de Santiago, con especialissima gloria, muchos dias despues de muerto; y segun él mismo la dijo, havia subido al Cielo, sin pasar por el Purgatorio, como se refiere en su Vida, Libro segundo, Capitulo diez y ocho.

En la referida Megicana Corte, Teatro en todos tiempos de almas de virtud gigante, poco despues de haver fallecido el V. P. Fr. Antonio enfermó de muerte la muy Reverenda Ma-

Madre Sor Petra de San Francisco, Abadesa, y primera Fundadora del Convento de Descalzas de Corpus Christi. Hallandose muy à los ultimos de su vida, una de las Religiosas que la asistian oyó, que la enferma estaba hablando, aunque solo percibia el eco, sin entender lo que hablaba. Con este motivo, se acercó à la cama, y la preguntó ¿si queria alguna cosa? Abrió la moribunda los ojos, y mirandola muy risueña, los volvió luego à cerrar, y prosiguió con su platica. A poco rato sacó las manos de entre la ropa, y haciendo ademanes como que se daba priesa, prorrumpió en estas palabras claras, y distintas: *Ea, pues, vamos Padre Margil.* Con estas voces quedaron persuadidas las Religiosas, no solo à que moriria luego, como en efecto murió, sino tambien à que el V. P. havia venido à asistirle, y convidarle para la gloria, como la havia convidado antes en una carta, que la escribió, con fecha de quatro de Febrero del año de veinte y quatro. En ella hacía memoria de la Reverenda Madre Serafina, Religiosa muy

egemplar del Convento de San Juan de la Penitencia, y la decia à la Reverenda Madre Sor Petra: *Ya yo creo que nuestra Serafina nos espera entre los Serafines: Tasi, vamos disponiendonos, que ya no puede estar muy lejos.* Tan cerca estaba la muerte de ambos, que el V. P. murió el año de veinte y seis, el dia seis de Agosto, y la Madre Petra el dia treinta de Marzo del año de veinte y siete, con mucha aclamacion de Santa, como se lee en el Sermon que se imprimió de sus Honras.

En el Convento del Puig, no lejos de la Ciudad de Valencia, padecia Fray Manuel Oliver y Margil, hijo de una hermana del V. P. Fr. Antonio, el año de quarenta, por el Agosto, unas tercianas sencillas, que pasando despues à ser dobles, lo pusieron en gran conflicto. Encomendóse fervoroso al alma de su Venerable Tio en uno de los dias en que le havia de dar la calentura, y habiendo tocado à Refectorio, para comer la Comuinidad, le rogó al Enfermero que cerrase la puerta por afuera, para tener mas quietud, y que se fuese à comer. Lue-

Luego que se quedó solo en la Celda, vió entrar por ella à un Religioso Recoleta de nuestro Seráfico Padre San Francisco, que le dijo: *Hijo, no te aflijas, que vengo à hacerte una visita, ni temas à la terciana, porque ya no volverá.* Padre (dijo entonces el enfermo) sientese V. P. Hijo (respondió el Religioso) *yo no tengo asiento en este mundo, porque mi asiento es en la Gloria.* Pues Padre (le preguntó entonces) ¿quien es Vuesa Paternidad? *No me conoces* (le respondió otra vez el Religioso Recoleta) *¿siendo así, que poco tiempo ha me llamabas para tu alivio? Soy tu Tio Fr. Antonio Margil de Jesus, que por la grande humildad que tuve en esta vida, gozo de la Bienaventuranza, con una gloria inexplicable.* A este tiempo le puso las manos en la cabeza, y le hizo la señal de la Cruz por tres veces, despidiendo de sí tales reflejos de claridad, que alumbraba toda la Celda, que estaba cerrada, y una fragancia tan exquisita, que el doliente no se pudo olvidar de ella en muchos días, ni menos de la suavidad de sus manos. Dióle algunos do-

cumentos, encargandole, que fuese muy humilde, y que diese un cierto aviso à sus Parientes, y con esto se desapareció como un fugitivo relampago.

Quedóse el referido Fr. Manuel muy gozoso con tal visita, y tan ageno de que pudiese ser algun engaño, que desde aquel punto no le volvieron mas las tercianas. Pasó despues à Valencia à ver à un hermano suyo, y su familia, diciendoles como su Tio les enviaba à decir, que se previniesen para un regalito, que Dios les tenia dispuesto, y que se conformasen con la voluntad del Señor. El regalito se reducía, à que el mencionado su hermano estaba próximo à morir, y así, que se dispusiera, y resignara. Todo lo qual se verificó tan puntualmente, que habiendo ido poco tiempo despues à una Feria, le acometió en ella un grave accidente: y habiendolo traído à su casa, murió en breves dias, habiendo recibido todos los santos Sacramentos, y con mucha edificación de los circunstantes, que segun la declaracion del referido Fr. Manuel Olivér, Religioso Lego del Orden de nuestra

Se-

Señora de la Merced, creyeron, que el V. P. Margil le asistia à su cabecera, como lo hizo con su Madre.

En el Oratorio del Señor San Felipe Neri de la Villa de San Miguél el Grande, se llegó à ver el año de veinte y ocho el V. P. Don Martin de San Cayetano y Jorganes, tan perseguido del Demonio, tan triste, temeroso, y perturbado, que estuvo varias veces resuelto à abandonar su Instituto. Un dia en que subieron estas tribulaciones de punto, hallandose à solas en su aposento, se acordó con particular viveza, de que el V. P. Margil havia sido quien lo havia dirigido al ministerio que profesaba en aquella Santa Casa. Con esto, clamó al Siervo de Dios, pidiendole esfuerzo, y ayuda; y à este tiempo vió, que se le puso delante el V. P. Fr. Antonio, en el mismo porte, y conformidad que lo conoció quando era vivo: y mirandolo con el sem-

blante inflamado, y muy alegre, se desapareció de improviso, sin hablarle una palabra. Quedóse à los principios el afligido Don Martin suspenso de lo que le havia pasado: mas en breve conoció, por los efectos, la verdad del favor pedido, porque al punto quedó libre de tan melancolicas aprehensiones, y de su tentacion de inconstancia. Dilatósele el corazon, y se reconoció con tal fervor para proseguir el camino comenzado, como se puede ver mas plenamente en la breve noticia de su portentosa conversion, y admirable Vida, que imprimi el año de sesenta. Este es uno de los casos, que segun digo alli al fin del ultimo Capitulo, reservaba para lugar mas oportuno; y ahora añadido, que consta por declaracion *in verbo Sacerdotis, tacto pectore*, que por mandato de su Confesor dió el V. P. Don Martin el año de cincuenta y siete.



CA-